

cónsules harán depender la salud de la república de seguir el sistema de Fabio. ¡Cosa extraña! la gran guerra ha terminado en Italia después de la batalla de Canas. Desde ahora, no habrá ya más que sitios de ciudades, estratagemas, una multitud de ataques y agresiones sin resultado. Aníbal se mostrará en esta guerra de posiciones el más hábil capitán de la antigüedad. Pero la lucha no tendrá ya sino un interés secundario, sin la grandeza del espectáculo que da ese hombre abandonado de los suyos, en medio de un pue-

blo enemigo, enfrente del pueblo más bravo y el mejor organizado que hubiera entonces, y que durante trece años sabrá dominar la indisciplina de sus mercenarios, sostener la vacilante fe de sus aliados, ocupar solo las mejores tropas de Roma, y todavía remover el mundo con sus negociaciones, sublevar á Siracusa, á Sicilia y á Cerdeña, llamar á sus hermanos de España, á Filipo, de Macedonia, al corazón de Italia, donde los espera para abrumar á Roma con el peso de Africa y Europa reunidas contra ella (1).

CAPITULO XXIV

Continuación de la segunda guerra púnica

DE LA BATALLA DE CANAS Á LA DEL METAURO (216-207)

I. — MEDIDAS TOMADAS EN ROMA, DESPUÉS DE CANAS. — DEFECCIÓN DE CAPUA.

«Déjame tomar la delantera con mi caballería, decía á Aníbal la noche de la batalla uno de sus oficiales, y dentro de cinco días cenarás en el Capitolio.» Pero nunca un ejército de mercenarios ha sacrificado en honor de su caudillo, aun el más amado, el día siguiente de una victoria. Para pedir mucho á tales soldados, es preciso también darles mucho. Aníbal los dejó recoger el botín, despojar á los muertos, vender sus prisioneros, y celebrar su triunfo en prolongadas orgías. Sabía además que entre él y Roma había una distancia de ochenta y ocho leguas, y ríos, montañas, plazas fuertes, un país mal dispuesto para él, y después de todo esto, una ciudad inmensa defendida por altas murallas, por un foso de cien pies de anchura y treinta de profundidad, y detrás todo un pueblo en armas.

El dolor de Roma era activo: pasado el primer momento de estupor, resonó la ciudad con el ruido de los preparativos. Fabio, escuchado como un oráculo, prescribió á las mujeres que se encerraran en sus casas para no hacer flaquear el valor de los hombres con sus lamentos en los templos; á todos los hombres válidos, que tomaran las armas; á los jinetes, que exploraran los caminos; á los senadores, que recorrieran calles y plazas para restablecer en ellas el orden, poner guardias en las puertas é impedir que nadie saliera. Y para acabar pronto con el dolor, se ordenó que el luto no pasara de treinta días. No fueron olvidados los dioses: los hábiles del senado tenían que reanimar la confianza dando satisfacción á las supersticiones populares. Una embajada conducida por Fabio Pictor, fué á Delfos á consultar á la Pitonisa, y el dios de la poesía y de la luz no dió sin duda más que patrióticos consejos, como los oráculos que había dado en favor de los griegos, durante la guerra Médica; pero las divinidades romanas eran de humor más sombrío: entre las expiaciones religiosas, las hubo crueles: dos vestales, acusadas de adulterio, fueron enterradas vivas en el campo del crimen, *campus sceleratus*; dos galos y dos griegos tuvieron la misma suerte. La casta é implacable Vesta, vengado su honor, iba á volver en medio de su pueblo fiel, y se creía que las divinidades infernales, aplaca-

(1) Si se me pregunta, dice Polibio, quién era el alma de esta guerra, diré que Aníbal. (IX, fragm. 7.) Por desgracia perdimos aquí á este concienzudo historiador: después de la batalla de Canas, no quedan de él más que fragmentos.

das por el abominable sacrificio, cesarían de reclamar tantas víctimas humanas.

Pero el año maldito no había acabado: habían pasado pocos días, cuando se supo que una flota cartaginesa devastaba los Estados de Hierón; que otra escuadra esperaba en las islas Egatas la partida del pretor para sorprender á Lilibea; en fin que uno de los cónsules designados, Postumio Albino, atraído por los cisalpinos con su ejército á una emboscada, había perecido en ella y que su cráneo, rodeado de un círculo de oro, servía á los sacerdotes boyos para hacer las libaciones en los sacrificios. Pero después de la catástrofe de Canas, estas nuevas desgracias parecían ligeras. El valor, por otra parte, se había enardecido y levantado: había dos legiones en la ciudad y todavía envió Marcelo 1,500 soldados de la flota de Ostia; y con una actividad y un golpe de vista que anunciaban al dichoso adversario de Aníbal, situó toda una legión en Teano Sidicino para cerrar el camino del Lacio.

Desde el principio de la guerra habían perecido más de cien mil romanos, habiendo reducido estas dos campañas la fuerza militar de Roma á una 7.^a parte. Sin embargo, nombrado dictador M. Junio Pera, levantó cuatro legiones, mil jinetes, ocho mil esclavos comprados á los particulares, y llamó los contingentes de los aliados. Faltaban armas é hizo despojar los templos y los pórticos de las que dos siglos de triunfos habían acumulado allí; y cuando Cartalón vino con los diputados de los prisioneros de Canas á hablar de paz y de rescate, corrió un lictor á su encuentro á impedirle la entrada en el territorio romano. Unos diez mil legionarios había en poder de Aníbal y el senado se negó á rescatarlos; otros se habían refugiado en Canosa y Venusia (2) y ordenó que fueran á servir á Sicilia, sin sueldo ni honores militares hasta que se expulsara de Italia á Aníbal.

Este patriótico heroísmo se asemeja á la crueldad. Roma trataba á sus prisioneros como culpables, y enviaba á los mercados de esclavos de las ciudades africanas y entregaba á todas las miserias y verguenzas de la servidumbre á aquellos hijos ó hermanos de los senadores, que combatiendo en Canas, se habían expuesto por ella á la muerte. Pero con estos rigores y severidades es como se salvan los pueblos:

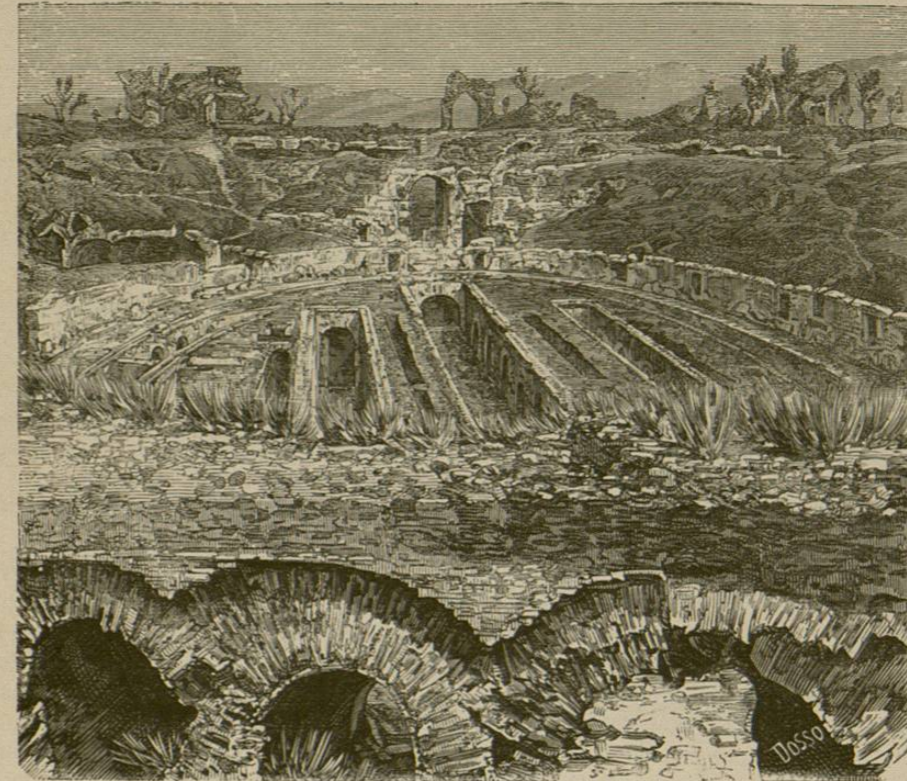
(2) Sabida es la narración poco verosímil del proyecto formado por los fugitivos de Canas de buscar asilo cerca de los reyes extranjeros, y que Escipión desbarató, amenazando con la muerte al primero que hablara de huir. Polibio no sabe nada de esto, bien que cuente detalladamente la juventud de Escipión. Después de Canas, Aníbal dió todavía libertad sin rescate á sus prisioneros.

el día en que Roma tomó resolución tan dolorosa, encontró en ella la fuerza sobrehumana que había de darle la victoria.

Aquellos hombres tan duros mostraron al mismo tiempo un admirable espíritu de conciliación. Olvidando sus agravios contra Varrón y las faltas de este cónsul popular, y hasta su huida del campo de batalla, el senado en corporación salió á recibirlo con todo el pueblo, cuando se acercaba á Roma, y le dió las gracias públicamente por no haber desesperado de la república (1). Esta magnanimidad política enaltece al senado, cuando se recuerda cuán suspi-

ces y crueles son las democracias en tiempos de grandes crisis. La composición de aquel cuerpo explica, por otra parte, esta moderación. Para llenar los huecos hechos en su seno por la guerra, se nombró un segundo dictador, Fabio Buteo, que inscribió en la lista, primero, los antiguos senadores, después los que habían ejercido magistraturas curules desde el año 221, los que habían sido tribunos, ediles, cuestores, en fin los que habían obtenido coronas cívicas ó ganado trofeos sobre los enemigos, en junto setenta y siete nuevos miembros.

Pero se rechazó con indignación la proposición que hizo



Parte inferior del anfiteatro de Capua (2)

Espurio Carvilio de tomar dos de los nuevos senadores de cada una de las ciudades latinas. Esta negativa fué una falta; en primer lugar, porque los latinos merecían la confianza de Roma, y luego porque si el senado hubiera aceptado esta resolución concediendo á todas las ciudades latinas el derecho de designar por sí mismas sus dos senadores, aquella asamblea habría venido á ser la representación real de la Italia entera, lo que hubiera podido salvar á la república y hacer el imperio inútil. Hasta el tiempo de Augusto, no tuvieron los romanos más que una constitución municipal, con el imperioso egoísmo de una ciudad explotando el mundo en su provecho. Con la proposición de Carvilio, así extendida, se habrían dado una constitución de Estado, donde hallándose los súbditos al lado de sus antiguos señores,

(1) Se le conservó el mando del ejército de Apulia y obtuvo luego el de las legiones del Piceno. En 203 fué uno de los tres embajadores enviados á Filipo; tres años después, fué con el mismo carácter al Africa, y luego condujo como triunviro una colonia á Venusia. Estos altos cargos y tan continuado crédito prueban que el vencido de Canas no era el demagogo de baja estofa que Tito Livio representa. Frontino (*Strategematon*, IV, 5 y 6) le es favorable; pero Polibio (III, 116) lo trata muy severamente.

(2) El anfiteatro de Capua era uno de los más vastos de Italia. Es sabido que Adriano lo restauró; pero no puede fijarse la fecha de su primitiva construcción.

habrían contenido una oligarquía ávida y turbulenta, cuyos mismos excesos la perdieron. Muy pronto expiará Roma esta falta, cuando doce colonias latinas le nieguen su concurso el año 209.

Entre tanto, la fidelidad de algunos pueblos del S. de Italia hubo de flaquear en presencia de tales y tantos desastres, y no teniendo ya Roma ejército para tenerlos á raya, se pasaron al enemigo: fueron estos los brucios, los lucanos, parte de los hombres de Apulia, los caudinos, los hirpinos, y en la Campania, Atela, Calacia y Capua (3).

Capua tenía de cinco á seis millas de perímetro, y en sus robustos muros se abrían siete puertas que correspondían

(3) Se ha exagerado mucho, según Tito Livio, la importancia de las defecciones que siguieron á la batalla de Canas. Dice, es verdad, *defecere... Atellani, Calatini, Hirpini, Apulorum pars, Samnites praeter Pentrios, Bruttii omnes, Lucani; praeter hos Surrentini et Gracorum omnis ferme ora, Tarentini, Metafontini, Crotonienses, Locrigue et Cisalpini omnes Galli* (XXII, 61); pero los libros siguientes obligan á corregir este pasaje. En la Apulia no se ven en poder de Aníbal más que Arpi, Salapia, Herdonia, Uxentum; las grandes ciudades Luceria, Venusia y Canosa quedaban por los romanos. Por samnitas hay que entender solamente los caudinos y los hirpinos, entre los cuales conservó Roma á Benevento. Los brucios obraban por su cuenta; los griegos del golfo de Tarento permanecieron fieles; Petelia no fué tomada sino después de una resistencia desesperada; Crotona, Locres, Consencia, des-

á las siete calles principales, entre las cuales son célebres las de *Seplasia* y *Albana*. Los majestuosos templos de Júpiter, de Marte y de Fortuna, el foro, la curia, el anfiteatro con sus vastos subterráneos abovedados que han puesto á descubierto recientes excavaciones, otros muchos edificios de utilidad pública ó de público ornato, y un número inmenso de estatuas de bronce, hacían de Capua, al decir de Cicerón, la émula de Corinto. Quería serlo también de Roma, y á pesar de sus afeminadas costumbres, porque podía armar treinta mil hombres de á pie y cuatro mil de á caballo, creíase digna de mandar en toda Italia.

Muchos nobles campanienses habían emparentado con familias romanas; pero el pueblo conservaba sus resentimientos y los honores que se ganaban en Roma le parecían vergonzosos. Después del combate de Trasimeno, Aníbal, por medio de sus prisioneros, libertados sin rescate, había preparado una defección que la derrota de Canas hizo estallar al fin. Prometió el Cartaginés no levantar en la ciudad tropas ni impuestos, dejarle una completa independencia y reconocerla como la capital de Italia, cuando quedara destruido por sus armas el poderío de Roma. Para sellar esta alianza de una manera indisoluble, cogieron los capuanos á todos los romanos que vivían entre ellos y los ahogaron en los baños públicos. Podían temer que Roma se vengara ejerciendo el derecho de represalias en trescientos jinetes campanienses que servían en Sicilia; pero Aníbal los tranquilizó sobre este punto entregándoles en rehenes un número igual de sus prisioneros, que eligieron ellos mismos entre la multitud de los cautivos (1).

En vano, uno de los hombres más considerables de Capua, Decio Magio, quiso hacer comprender á sus conciudadanos que Aníbal los trataría como Pirro á los tarentinos, y que á pesar de todas las promesas perderían su libertad. Y todavía, cuando la guarnición cartaginesa llegaba á la ciudad, quiso que se le cerraran las puertas. Inquieto Aníbal ante esta oposición, mandó llamar á Decio Magio á su campamento: «Vuestro amo, contestó el noble y entero capuano á los enviados, no tiene ningún derecho sobre un senador de una ciudad libre.» Y se negó á seguirlos. Entonces avisó Aníbal que él mismo iría á Capua. Por orden de los magistrados, todo el pueblo en traje de fiesta, salió á recibir al héroe á quien nadie aun había podido vencer. Magio dejó que corriera la multitud al encuentro de la servidumbre, y se retiró á su casa; mas luego, para que no se creyera que había tenido miedo, salió á pasearse tranquilamente á la plaza pública con su hijo y algunos clientes. Quería Aníbal que el senado se hubiera reunido luego al punto para juzgar á Magio; pero se le suplicó que no turbara el júbilo de aquel gran día con un acto de severidad; y por no negar la primera gracia que se le pedía, consintió en aplazar el juicio para el día siguiente. Fuera de esto, recorrió la ciudad, famosa como la más bella de Italia, y á la noche fué á cenar á casa de Pacuvio, el principal autor de la defección.

Pacuvio tenía un hijo, llamado Perola, mozo de resolución que participaba de los sentimientos de Magio. Invitado á asistir al banquete, se presentó armado con un puñal, para

pués de un sitio y ya en 215; Tarento fué sorprendida en 212; Metaponto y Turios faltaron en 212 y 213, es decir cuando Aníbal fué rechazado de Campania á la Magna Grecia. Regio, Brindis y toda la Calabria permanecieron fieles. En cuanto á los cisalpinos, la batalla de Canas no cambió en nada su situación. El mismo Tito Livio, olvidando lo que dijo en el cap. XXII, dice en el XXVI: «La defección de Capua no arrastró más que algunos pueblos.»

(1) Estos 300 jinetes solicitaron y obtuvieron el derecho de ciudadanía romana.

reconciliar á Capua con Roma sacrificando al vencedor de Canas; pero no atreviéndose á herirlo en presencia de su padre, hubo de llevárselo aparte y revelar su designio, á fin de que por un momento se alejara del sitio donde iba á morir Aníbal. Pacuvio suplica, amenaza, y como padre y magistrado ordena á Perola desistir de su proyecto. Vencido por la autoridad del padre y del magistrado, el joven arrojó su arma.

El día siguiente se reunió el senado y Aníbal exigió que se le entregara la persona de Magio. Velando su cobardía los senadores con una apariencia de justicia, decidieron que el magistrado abriera el juicio en su tribunal para oír la defensa del acusado. Arrastrado á sus piés, niégase Magio á contestar á la acusación y protesta contra tan inmediata violación del tratado. Entonces se le carga de cadenas; pero mientras un licitor lo conduce al campamento cartaginés, grita diciendo al pueblo: «Ya estás viendo esa libertad tan deseada. En medio del foro, á la clara luz del día se me arranca á mí á los míos y se me lleva á la muerte. ¿Qué más tendríamos que sufrir si se hubiera tomado la ciudad por asalto? Id pues á contemplar á Aníbal triunfante de uno de vuestros conciudadanos.»

Como el pueblo parecía interesarse por él, se le cubrió la cabeza para impedirle que hablara. Aníbal, sin embargo, no se atrevió á darle muerte en su campamento; pero lo envió á Cartago, donde sin duda lo esperaba infausta suerte, cuando una tempestad hubo de estrellar el barco en las costas de la Cirenaica. Magio se refugió al pie de una estatua del rey Tolomeo, el cual enterado de esta trágica aventura, acogió en su corte al audaz defensor de las libertades de su patria (2).

Así establecido Aníbal en el corazón de la Campania y apoyando todos sus movimientos en una gran ciudad, podía esperar recursos de Cartago. Después de la victoria de Canas, había enviado allá á Magón, el cual derramó en medio del senado una medida, de las de grano, llena de anillos de oro, quitados, según decía, á los caballeros romanos muertos en la famosa batalla. Hannón conservaba aun sus desconfianzas. «Si Aníbal es vencedor, contestó, no tiene necesidad de refuerzos; si no lo es, nos engaña, y entonces no los merece.»

Pero la facción barcina estaba en mayoría y se decretó que se enviaran á Italia cuatro mil númidas y cuarenta elefantes; se despachó á España un senador con el dinero necesario para levantar veinte mil hombres de á pie y cuatro mil de á caballo, y finalmente se dió orden á Asdrúbal para que pasara los Pirineos. Pero estas medidas fueron lentamente ó mal conducidas, y en una gran batalla, cerca de la ciudad desconocida de Ibera, destruyeron los Escipiones el ejército de Asdrúbal, que fué rechazado al S. de España (216).

Para sus comunicaciones con Cartago, Aníbal necesitaba un puerto é intentó la sorpresa de Nápoles; pero los griegos campanienses eran devotos de Roma y Nápoles se resistió. También fracasaron sus proyectos delante de Cumas y de Nola, adonde la nobleza había llamado á Marcelo, que en una salida hubo de matar más de dos mil africanos. Este éxito inesperado se celebró como una gran victoria; pero no impidió que Aníbal destruyera las ciudades de Nuceria y Acerra ni que bloqueara estrechamente á Casilino. El sitio de esta pequeña plaza, atravesada por el Vul-

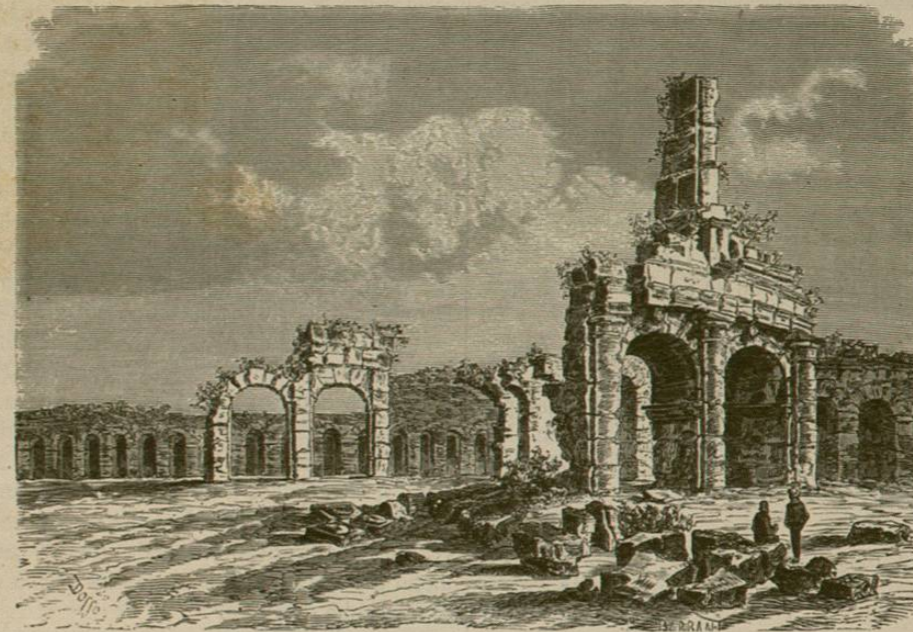
(2) Tito Livio, XXIII, 7, 10. *Brevi caput Italiae omni Capuam fore.* (Ibid., 10.) Añade el mismo autor (XXIII, 6) que al decir de muchos escritores, antes de pasarse á Aníbal, habían solicitado de Roma los capuanos que compartiera con ellos el consulado.

turno, es interesante por más de un concepto. La guarnición no constaba, sin embargo, de más de dos cohortes, la una de gente de Perusa, y la otra de hombres de Preneste y de algunos latinos, que á la nueva del desastre de Varrón, se habían refugiado en esta plaza. La defendieron con la mayor bravura así de los ofrecimientos, como de las agresiones de Aníbal, y se pudo deducir de ello que en esta parte de la península se consideraba á los cartagineses como enemigos mortales de Italia. Los defensores de Casilino se habían despojado de toda esperanza de salvación en el caso de que se tomara la ciudad, pues sospechando que los habitantes eran favorables á los africanos, hubieron de sorprenderlos en sus propias casas y á todos los pasaron á cuchillo.

Bien que esta matanza hubiera disminuído el número de

bocas y por consiguiente los consumidores, la carestía se hizo muy luego sentir, y llegaron días de hambre en que se hubo de recurrir hasta á los animales inmundos, hasta á los cueros de los escudos. Los romanos acampados en las inmediaciones solían enviar de noche algunos toneles de trigo, que la misma corriente llevaba á la ciudad. Después echaban al río nueces que los sitiados detenían con zarzos ó encañizados. Pero habiendo producido un desbordamiento las lluvias, se descubrió la astucia y se cortó el río.

Por fin consintió Aníbal en recibir á rescate á aquellos bravos soldados. El jefe de los prenestinos era un antiguo escribiente, que justamente orgulloso de esta hazaña, se hizo representar en el foro de Preneste, cubierto con una coraza y ceñido de toga con esta inscripción, que leyó Tito Livio: «Ofrenda prometida por M. Amicio á los soldados que



Ruinas del anfiteatro de Capua

defendieron á Casilino.» Un senado-consulta concedió á los sobrevivientes del sitio, doble paga con exención del servicio militar por cinco años. Pero cuando se les ofreció el derecho de ciudadanía romana rehusaron recibirlo, prefiriendo seguir siendo prenestinos. Amor á la ciudad natal y abnegación sin cálculo para con la ciudad adoptiva: he aquí los sentimientos que impulsaron á hacer tantas cosas grandes á los italianos de aquel tiempo.

II. — SITIO DE CAPUA. — PATRIOTISMO Y CONSTANCIA DE LOS ROMANOS

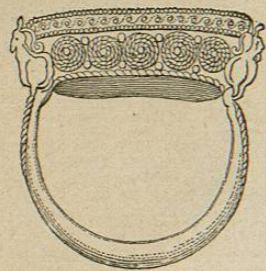
Tal era á fines del año 216 la situación de los dos partidos: Junio Pera, establecido en Teano con 25,000 hombres, cubría la línea del Liris y del Lacio; Marcelo, en Nola, defendía las ciudades del Sur de la Campania; entre ellos acampaba Aníbal bajo los muros de Capua, desde donde continuó el bloqueo de Casilino, que lo entretuvo seis meses, y uno de sus lugartenientes, Himilcon, sublevaba el Brucio (Abruzo) donde tomó á viva fuerza las ciudades de Petelia y Consencia. La inmediata defección de Locres le dió un buen puerto, y la de Crotona, de donde fué expulsada la nobleza, una plaza importante. En toda esta región sólo una ciudad permaneció fiel á Roma, Regio, y era para ella la más necesaria, como la llave del estrecho. Varrón guardaba la Apulia con un ejército que se apoyaba en la

gran fortaleza de Luceria. La Etruria, la Umbría, casi todo el centro de Italia, permanecían fieles, y los cisalpinos, á pesar de su reciente victoria, no hacían demostraciones hostiles. El senado remitió á otro tiempo la venganza ó castigo que merecían los desleales, y dirigió todas sus fuerzas contra Aníbal con su mejor general Fabio, cónsul por la tercera vez. El primer acto del Temporizador lo presentó fiel á su táctica: Fabio mandó que todos los granos de los campos fueran trasportados á las plazas fuertes antes de las calendas de junio, so pena de ver el contraventor devastados sus campos, vendidos sus esclavos y quemadas sus viviendas.

En la primavera de 215, fué Fabio á ponerse á la cabeza de las legiones de Teano. Sempronio Graco, con 25,000 aliados y todos los esclavos alistados, tomó posición de Sinuesa, enlazando su izquierda con la extrema derecha de Fabio; más tarde, cuando hubo reconocido que los pantanos formados por el Vulturno en su embocadura, eran por esta parte una segura defensa, se estableció en Litemum cerca de Cumas para defender todos los puertos del golfo de Nápoles é impedir que llegara por mar ningún socorro. Marcelo se quedó delante de Nola, amenazando á Capua por el Sur, como Fabio y Sempronio la amenazaban por el Norte y el Oeste. La guarnición de Benevento, al Oriente, completaba la ocupación del territorio campaniense y daba la mano á la legión de Apulia que formaba la guarnición de

la plaza fuerte de Luceria. A Varrón se le dió el encargo de organizar el quinto ejército en el Piceno, y Pomponio tenía otro en Galia. Los restos de Canas y algunas otras tropas defendían la Sicilia, cuyas costas protegían tres flotas, como también las de la Calabria y el Lacio. Contando las fuerzas de los Escipiones y del pretor de Cerdeña, eran nueve ejércitos y cuatro flotas, ó sean unos doscientos veinte mil hombres, de los cuales noventa mil debían cercar á Capua y á Aníbal.

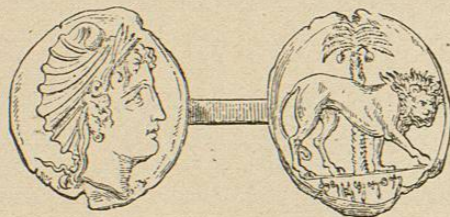
Este caudillo notaba en sus aliados italianos poca prisa en acudir bajo sus banderas, y la feliz diversión de los Escipiones, de la torpe política del senado cartaginés, que des-



Anillo de oro de caballero romano (2)

viaba hacia Cerdeña y España un poderoso y urgente socorro preparado por Magón para su hermano, dejaban á este solo todavía enfrente de Roma. Pero durante el invierno pasado en Capua y tan fatal para sus tropas, al decir de Tito Livio (1), habían partido de su campo secretos emisarios, y de pronto había sabido Roma que era inminente una sublevación de Cerdeña; que en Sicilia, Gelón, contra la voluntad de su anciano padre, quería hacer entrar en la alianza de Cartago á Siracusa, y en fin, que Filipo de Macedonia había prometido á Aníbal pasar á Italia con doscientos barcos. Por fortuna, murió Gelón de repente; el pretor Manlio destruyó ó cogió prisionero todo el ejército cartaginés desembarcado en Cerdeña, y Filipo obró con tanta lentitud en los preparativos de su expedición, que tuvo sobrado tiempo el senado para prevenirla en Grecia.

Para ensanchar y romper el círculo de hierro que se cerraba sobre él, se vió Aníbal obligado á hacer una guerra



Moneda cartaginesa (3)

de sitios, en la cual perdía toda la superioridad de su genio. Hoy los medios de ataque son superiores á los medios de defensa, y en la antigüedad era todo lo contrario. Aníbal fracasó delante de Cumas, defendida por Graco, y todavía sufrió dos decepciones delante de Nola: en uno de estos empeños le dejó Marcelo fuera de combate hasta cinco mil hombres. Al mismo tiempo, pasaba Fabio el Vulturno y avanzando paso á paso, pero con toda seguridad, tomaba tres ciudades al rededor de Capua; Sempronio Longo batía á Hannón en Grumento y lo rechazaba de la Lucania al Brucio; Valerio Levino tomaba las ciudades de los hirpinos y hacía perecer bajo la segur á los autores de la defección; de

(1) Montesquieu destruye con una palabra los largos razonamientos de Tito Livio: «Enriquecidos después de tantas victorias los soldados de Aníbal, ¿no hubieran encontrado en todas partes á Capua?»

(2) *Dict. des Ant. grecques et rom.*, fig. 347.

(3) Esta moneda, acuñada para pagar á los mercenarios cartagineses, es de labor griega y lleva una leyenda púnica que significa: *Del pueblo del campamento (moneta castrensis)*.

Nola, en fin, enviaba Marcelo parte de sus tropas á devastar las tierras de los samnitas caudinos.

Encerrado entre los tres ejércitos romanos de la Campania y rechazado de todas las plazas, Aníbal estaba vencido sin combate, por aquel plan tan hábilmente concebido y con tanta firmeza ejecutado. Ya se acercaban las legiones de Lucania y de Apulia, y las murmuraciones cundían entre sus tropas. Delante de Nola, mil doscientos sesenta y dos jinetes nómadas y españoles se pasaron al enemigo, y él mismo se dió prisa en retirarse antes de que se le cerrara toda salida y huyó hasta Arpi, hacia el mar Superior, creyendo así ir á recibir á Filipo. Su fuga dejaba á Capua expuesta á todas las venganzas de los romanos, que muy luego emprendieron el sitio. Fabio devastó sus campos y durante todo el invierno mantuvo un campamento á tres leguas de sus muros.

De España también llegaban á Roma buenas noticias. El año 215 había pues sido feliz en sus resultados; pero nuevos peligros se preparaban para el año siguiente, porque Siracusa había hecho defección y Filipo iba, en fin, á atacar.

El senado equipó una flota de ciento cincuenta barcos y tuvo en pie de guerra diez y ocho legiones, sin contar el ejército de España. Ocho hacían frente á Aníbal, tres contenían á los cisalpinos, una estaba en Brindis, dispuesta á pasar el Adriático para detener al rey de Macedonia, dos en Cerdeña, otras dos en Sicilia y otras tantas en Roma. Era la tercera parte de los hombres capaces de tomar las armas en el país sometido al reclutamiento legionario.

A pesar de sus victorias, el ejército de España carecía de todo y los demás estaban en la desnudez. Los Escipiones pedían con instancia dinero, trigo, vestuario para sus soldados, y aparejos para los navíos. Pero el tesoro estaba exhausto, bien que se hubiera doblado el impuesto, reducido el peso de los ases, decidiendo que el denario valiera 16 en vez de 10, y fabricado monedas de oro con cuerpo de otro metal para pagar y municionar las tropas que operaban en el Mediodía de Italia.

El senado hizo un llamamiento al patriotismo y todos los órdenes rivalizaron con noble emulación. Los tutores de las viudas y de los huérfanos llevaron al tesoro el dinero de sus pupilos, confiando á la fe pública este sagrado depósito, y tres compañías, con la sola condición de obtener un reembolso preferente al terminar las hostilidades, hicieron pasar al ejército de España las provisiones necesarias. No había marineros para la flota, y cada senador dió diez con la soldada de un año; los demás ciudadanos, siete, cinco, tres, según su posibilidad. En el ejército de tierra, los caballeros y los centuriones hicieron al Estado dejación de su sueldo; y cuando después de su victoria en Benevento, Sempronio Graco declaró libres á todos los esclavos alistados, rehusaron sus amos recibir su precio antes de acabarse la guerra.

Bajo la misma condición proveyeron los empresarios á todos los gastos de conservación de los edificios, á la compra de caballos para los magistrados, etc.; y á fin de reservar el oro y la plata para las necesidades del Estado, el rey Opia prohibió á las mujeres llevar en sus adornos más de media onza de oro. Algunos jóvenes se habían sustraído al servicio; los censores hicieron una severa investigación y los relegaron á Sicilia con los restos de la derrota de Canas.

El mismo espíritu de patriótica abnegación animaba á aquel gran cuerpo del pueblo romano. Los soldados valían tanto como los jefes; y á la prudencia de éstos respondía el valor de aquéllos. Silo Sergio, uno de los ascendientes de Catilina, había recibido veintitres heridas y perdido el brazo derecho; mas no por eso dejó de hacer cuatro campañas más. Por eso, fué aplaudida la piedad de su hijo, que hizo acu-

ñar una moneda donde se le representa á caballo al galope llevando en la mano izquierda la cabeza de un enemigo que acaba de cercenar.

Los romanos de aquel tiempo eran verdaderos hijos de Belona, la diosa que inspiraba el entusiasmo guerrero. Para acercarse á su altar, era menester abrirse el muslo y beber la sangre que manaba. No se extrañaría oírlos gritar como nuestros bretones: «¡Bebe tu sangre, *Beumanoir!*»

Roma no daba entonces sino buenos ejemplos en todo. Para el año 214, quería el pueblo elevar al consulado á dos ciudadanos que no tenían brillantes servicios militares. Uno de ellos, Otacilio, era deudo del Temporizador, y la primera centuria lo nombró. Fabio, que presidía los comicios, suspende al punto la elección; reprende á los candidatos y da á entender qué cónsules piden las circunstancias. Otacilio replica y Fabio hace avanzar á sus lictores. «¡Cuidado! le dice. Estamos en el Campo de Marte y yo no he entrado en la ciudad; mis hachas están aún en las fascas.» Con esto siguió la elección, y todas las centurias proclamaron á Fabio y á Marcelo, el escudo y la espada de Roma, como los llamaban. A pesar de su instintiva ojeriza contra el jefe de la nobleza, el pueblo había comprendido que sólo el amor del bien público animaba á aquel anciano cargado de tantos honores.

En otra elección, Manlio Torcuato rehusa el consulado; después la centuria de los *juniores* solicita, antes de votar, tener una conferencia con los *seniores*, y nombra cónsules á los que habían designado los ancianos.

No sabemos lo que pasaba entonces en Cartago; pero á buen seguro no se veía este desinterés en los grandes ni esta prudencia en el pueblo.

A este bello cuadro podría oponerse la avidez de ciertos traficantes y la indisciplina de algunos malandrines. Así un Postumio de Pírgi echaba á pique en alta mar viejas galeras vacías, que se hacía pagar por el tesoro como nuevas y cargadas de municiones; y en los Abruzos un Pomponio Veyentano, con una cuadrilla de esclavos, hacía una guerra de bandidos. Pero estos abusos son de todos los tiempos, pues los engendran fatalmente las guerras prolongadas. Conviene, sin embargo, señalar su aparición en la historia de Roma, porque las exacciones de los publicanos harán necesario el imperio, y la alteración de las antiguas costumbres militares facilitarán su establecimiento.

Siguiendo á Aníbal, había pasado Graco á la Apulia, y durante el invierno ejerció á su tropa con ligeros combates y escaramuzas contra el ejército cartaginés acantonado alrededor de Arpi. Aníbal, por su parte, no dejó de conservar la libertad de sus movimientos. Llamado por Capua, cuyo sitio estrechaban los dos ejércitos consulares, entró audazmente en la Campania, se burla de los generales romanos y de sus pesadas legiones, devasta el país enemigo en el intervalo de los campamentos y las plazas fuertes, ataca á Puzzolo, Nápoles y Nola, donde Marcelo hubo de batirlo otra vez en una escaramuza; después, fatigado de chocar con aquellas inmóviles legiones, con aquellas murallas, en que siempre deja algunos de los suyos, huyó velozmente hasta Tarento con la esperanza de arrastrar en su persecución á lo menos al fogoso Marcelo.

Pero nadie lo persigue ni aun sigue: Marcelo va á unirse con Fabio al sitio de Casilino, que recobran; y Tarento, donde Aníbal mantenía secretas inteligencias, donde pensaba adquirir, en fin, el puerto apetecido de cuatro años atrás para recibir las flotas de Filipo y de Cartago, Tarento, conservado para los romanos, se le escapa.

Cuando estaba delante de Nola, los cónsules habían llamado de Luceria á Graco y sus dos legiones de esclavos

para intentar otra vez cercar á Aníbal. En Benevento hubo de encontrarse Graco con Hannón, y prometió á sus esclavos la libertad por la victoria: Hannón apenas pudo escapar con dos mil hombres. Este triunfo, el más brillante que hubieran obtenido los romanos desde el principio de la guerra, expulsaba al enemigo del país de los samnitas, y Fabio tomó una tras otra todas sus ciudades.

Aníbal no poseía ya más que algunas plazas fuertes de la Apulia y vino á invernar al rededor de Salapia, al alcance de Arpi, su puesto más avanzado hacia el centro de la península y enfrente de las costas del Epiro, donde pasaban importantes acontecimientos. La derrota de Benevento había empujado á su lugarteniente al Brucio, y las posesiones de los dos partidos podían señalarse, á fines de 214, por una línea tirada desde el monte Gargano hasta las bocas del Laus, que cae en el golfo de Policastro. Apoyada esta línea por la parte de Roma en plazas fuertes ó en campos atrincherados, estaba defendida, en Lucania por el ejército de Graco, y en Apulia por la del pretor Fabio. A espaldas de Aníbal y Hannón ocupaban los romanos también la Calabria, Tarento y Regio. Capua seguía bloqueada por el campamento de Suesula y por la guarnición de Casilino (1).

Esta campaña terminaba mal también para los intereses de Aníbal. Pero obligando al senado á mantener en Italia catorce legiones contra él solo, daba á sus aliados y á Cartago el tiempo y los medios de hacer importantes diversiones y de llegar hasta él. ¿Lo aprovecharon, por ventura?

III. — SUBLEVACIÓN DE MACEDONIA Y SIRACUSA POR ANÍBAL (214 - 212)

Refiere Polibio que el año 217, asistía Filipo á los juegos Nemeos de Argos, cuando llegó un correo de Macedonia dándole la noticia de que los romanos habían perdido una gran batalla y Aníbal era dueño de todo el país llano. El rey mostró esta carta á Demetrio de Faro, el cual le instó á atacar sin demora á los ilirios y á pasar luego á Italia. Representábale que la Grecia, ya sometida, continuaría obediéndole; que los etolios, enemigos suyos, iban á deponer las armas, y en fin, que si quería hacerse dueño de la Unión, noble ambición que á nadie convenía mejor que á él, era menester pasar el Adriático y rematar á los romanos, ya heridos por Aníbal. Y añade el historiador:

«Semejantes palabras fueron muy bien recibidas por un rey joven, audaz, afortunado hasta entonces en sus empresas, y descendiente de una raza lisonjeada siempre por la idea de llegar á obtener el imperio universal.»

En efecto, tales eran los ambiciosos designios en que se habían estrellado dos hombres valientes, Alejandro el Moloso y Pirro, y que el ilirio quería que realizara el débil heredero del reino de Macedonia. Pero ni el príncipe ni su consejero sentían conmovido el mundo al choque de Roma y de Cartago, ni en ese libro del destino que la prudencia y el valor escriben ponían más que sus quiméricas esperanzas. Sin embargo, griegos avisados y sutiles veían asomar la tempestad al Occidente y uno de ellos exclamaba con voz profética:

«Unase la Grecia y considere esos ejércitos inmensos que se disputan el campo de batalla de Italia. La lucha acabará muy pronto: Roma ó Cartago será victoriosa. Pero cualesquiera que sean los vencedores, vendrán á buscarnos á nuestros hogares. Reflexionad ¡oh griegos! y tú sobre todo, Fi-

(1) Algunas ciudades samnitas estaban, sin embargo, aún por Aníbal, como Maronea y Aternum entre los marrucinos (Tito Livio, XXIV, 47).